

CAPITULO IV.

O estará por demás consagrar un capítulo especial, aunque no sea muy extenso, al carácter de los pobladores del Estado de Querétaro.

Los queretanos, en cuyos ascendientes influyeron de una manera absoluta los religiosos que, en union de los conquistadores trajeron la civilizacion cristiana á esta parte del país, tienen en su carácter un sello natural de bondad que difícilmente se encuentra en otra de las regiones de la República.

Herederos, sin embargo, de la noble fiereza y del valor de aquellos othomíes que propusieron á Tapia la caballeresca lucha de Sangremal, los queretanos no han escaseado nunca ni su sangre ni el contingente de su estóica audacia á la defensa de las causas que les han sido simpáticas; y más de un héroe de la libertad y de la reaccion, vió mecerse su cuna en la tierra queretana.

Esto, no obstante, nótese en el pueblo de todo el Estado, y por pueblo entendemos aquí todas las clases de aquella sociedad, cierta modestia, cierta idéa humilde de sí mismo, cierto desprendimiento de la idéa provincialista que tan marcados son en otros lugares.

No es esto decir que los queretanos no amen á su Estado, ni tengan pobre idéa de sí mismos, muy al contrario; y lo prueba entre otras cosas, el decreto que, con aprobacion universal de aquellos habitantes expidió su Legislatura á fin de que no puedan ser allí Gobernadores sino los queretanos por nacimiento.

Pero creemos,—aunque aventurando esta opinion con el grandísimo recelo de estampar una torpeza,—que la poca atencion que en el país se ha consagrado siempre á Querétaro; el olvido casi completo en que se le ha tenido por los gobiernos y las empresas particulares, y hasta el injusto é inmerecido desden con que los periódicos hablaban en otra época de aquella ciudad, han engendrado en el ánimo de sus habitantes algo como un sentimiento de callada resignacion al fallo injustificado de la voz pública en su contra. Juzgados sin razon, tal vez á causa de sus escasos recursos pecuniarios y materiales, como una entidad de poco peso en los destinos de la República, no han blasonado jamás ostentosamente de ser los primeros en las ciencias, ni en las artes, ni en la guerra; pero convirtiéndose en obreros perseverantes y humildes del gran adelanto de la patria, se han consagrado á trabajar en silencio por su engrandecimiento propio y por el de la nacion á que pertenecen.

Y como si la Providencia hubiese querido señalar á ese pueblo como digno de altos destinos, le hemos visto elegido por ella para iniciar en él los acontecimientos con que principió nuestra independenciam; y allí mismo, sobre su histórica eminencia de las Campanas, la vimos después consumarse definitivamente el 19 de Junio de 1867.

El pueblo de Querétaro guarda vivas é incólumes las creencias religiosas de sus mayores, los cuales fueron siempre católicos fervientes.

Este hermoso sentimiento de la religion que, bien dirigido, conduce al amor de sus semejantes y á la práctica de las más altas virtudes del cristianismo, se desvía por desgracia hácia el extremo opuesto cuando la predicacion y un encono poco caritativo le apartan de su objeto. Así, la exaltacion extraviada, ha producido sucesos lamentables como los que tuvieron lugar al instalarse en la Capital del Estado una secta protestante, y como los que hoy hemos presenciado con la conducta de algunos degraciados que, en nombre de la religion se han obstinado, segun se nos asegura, en producir catástrofes en el ferrocarril central. Atribuimos esto último al extravío del sentimiento religioso, porque personas altamente respetables y dignas del mayor crédito, nos han afirmado que no faltan sacerdotes poco cuerdos que hayan predicado contra los ferrocarriles, llamando á la locomotora la má-

quina de Satanás, aseverando que ésta viene á concluir con la religion y á dar el triunfo á los protestantes, y algunas otras afirmaciones que, bien séan hijas de la ignorancia ó de la mala fe, es seguro que no han llegado á oídos del ilustrísimo y venerable Prelado de aquella Diócesis, Sr. Camacho, el cual, sin duda alguna, habría puesto el remedio necesario.

En la mujer queretana el sentimiento religioso toma una forma más tranquila y poética. Es muy comun en el seno de las familias, aun las más acomodadas, ver á las jóvenes y á las señoras grandes ocupadas en formar vistosos ramilletes de exquisitas flores artificiales para los altares de la Santa Virgen, ó bien en bordar cíngulos, paliás, estolas, corporales, manípulos y demás paramentos sagrados. Es muy probable que en la Exposicion tengamos que admirar algunos de esos trabajos maravillosos que las queretanas desempeñan con rara perfeccion.

Las asociaciones religiosas tienen en las señoras queretanas un núcleo poderoso, á causa del marcado espíritu de piedad que las domina.

Casi no hay en la ciudad una sola casa en la cual no se véa á alguna señora llevando prendida constantemente al cuello la poética cinta azul de las Hijas de María, y las solemnidades del culto católico tienen, gracias á ella, un esplendor y un brillo que sería difícil superar.

No sabemos si á causa del sentimiento religioso ó de su grande consagracion al trabajo, la moralidad del pueblo queretano es notablemente mayor que la de otros del país. Dos datos hay que comprueban esta veread, si no fuera ya demostracion bastante la simple observacion de la vida de la poblacion.

El uno es que la proporcion en que sus habitantes entran á la cárcel es infinitamente menor que la que se observa en otras ciudades.

El otro es que los hijos habidos fuera de matrimonio son tambien en proporcion reducidísima comparados con otros centros populosos de nuestro mismo país.

Ambos hablan muy alto en favor de los queretanos.

Por lo demás, los habitantes de la ciudad son afables, hospitalarios de corazon, caritativos, obsequiosos en sumo grado, francos y sin la menor doblez en el carácter, corteses, desinteresados, sencillos en sus costumbres, poco afectos á las exageraciones del lujo, si bien poseyendo el instinto de una graciosa elegancia fresca y natural, modestos en el arreglo de sus habitaciones, aunque aseados hasta la exageracion, parcios en la comida, joviales y alegres, aunque poco afectos á reunirse para divertir las veladas y estrechar los vínculos de familia á familia, pareciéndose en esto á la mayor parte de nuestras sociedades mexicanas. Obsérvase en Querétaro el defecto de todas las poblaciones en que hay pocas distracciones y absoluta falta de novedades: la propagacion rápida y muchas veces exagerada de las aventuras picantes ó de los sucesos notables de cualquiera especie. Repetimos que esto no es propio de Querétaro; y la prueba es que personas educadas en grandes centros de poblacion, cuando se avencindan en alguna ciudad pequeña, toman parte, desde luego, y como todo el mundo, en los cuentecillos que circulan y se transmiten de casa en casa. La actividad de la imaginacion no está ociosa nunca: quitadle los espectáculos, los teatros, los paséos, los mil y un motivos de distraccion que la absorben en las ciudades populosas, y donde quiera que sea la veréis dirigida contra el espectáculo único que tiene delante que es la conducta de sus semejantes y el modo de vivir de sus vecinos.

Hé allí el beneficio que prestan á las sociedades los espectáculos y las reuniones, beneficio que en las ciudades pequeñas hay obstinacion en no reconocer. Absorbed la atencion pública con los detalles y narraciones de toda clase de fiestas, y la habréis alejado de la vida privada y del hogar. Allí, donde más alegre y animada aparece la sociedad, es donde ménos la murmuracion clava su diente envenenado en la honra y en la felicidad de las familias. Réstanos hacer una última y pequeña observacion.

El pueblo pobre queretano participa en todo ó en gran parte de la educacion y sentimientos de las clases acomodadas.

El sirviente queretano ha sido siempre modelo de obediencia y de respeto para sus amos, á quienes ama y sirve con la conciencia de sus deberes.

Pero desde la llegada del ferrocarril central á la ciudad, fué con él una plaga que ha comenzado á producir extragos lamentables; esa plaga es *el pulque*.

Desde que esa fatal bebida llegó en alas de la locomotora, una revolucion notable ha empezado á declararse entre los pobres criados. Ellos beben ya, tarde por tarde, el licor venenoso de la reina Xochitl, y las embriagueces cotidianas relajan la obediencia á los amos, empiezan á hacer olvidar las obligaciones, á provocar escándalos y riñas y á minar, en suma, la inteligencia y la salud de los queretanos como ha minado la del pobre pueblo de esta Capital que camina rápidamente á la imbecilidad y á la degradacion por el solo uso de esta perniciosa bebida.

Algun periódico sensato y razonador ha dado ya la voz de alarma á las ilustradas autoridades del Estado, y no dudamos que ellas serán más celosas por el bien y la moralidad de sus gobernados, de lo que lo han sido las del Distrito Federal.



CALZADA QUE PASA FRENTE A LA FABRICA DE "LA PURISIMA,,

LIT. MOREAU Y C^{IA} - MEXICO